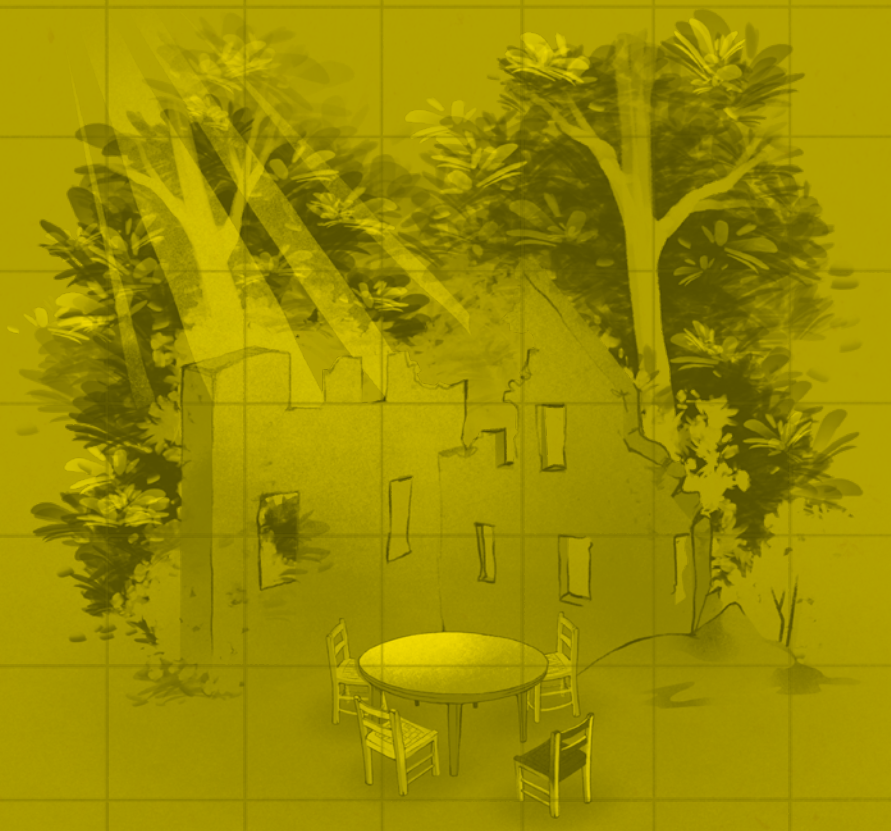
TODO OCURRE EN LA MISMA TOPOGRAFÍA DE CUIDADO

Felipe Aramburo Jaramillo

[RESERVA NATURAL DE LA SOCIEDAD CIVIL HEREDEROS DEL PLANETA]



RESERVA NATURAL DE LA SOCIEDAD
CIVIL HEREDEROS DEL PLANETA
[LA COCHA, NARIÑO]



TODO OCURRE EN LA MISMA TOPOGRAFÍA DE CUIDADO



Casa ruina | Casa memoria

[moradas + pasado comunitario]

—

Soportes de metal: oxidados, dispersos, y una gran pared de ladrillo que parece desproporcionada. Dicen que fue el baño, aunque ahora está lejos de todo, como si fuera una ruina aparte que apareció después de la ruina principal. El resto ya no está. O no se deja ver. Estamos en la vereda El Encano, en el costado oriental de la laguna de La Cocha, al sur de Nariño. A principios de los años 2000, esta casa funcionó como punto de encuentro entre comunidades campesinas e indígenas que habitaban el bosque alto andino.

✳ Era una casa que respiraba más allá de sus muros. Se hablaba en futuro.

Aquí llegaron todos para planear cómo proteger el bosque. Querían organizar una figura de conservación que naciera del territorio mismo. Se hablaba de agua, aves, límites y acuerdos. Siempre había café caliente y suficientes bancas para todo el mundo. Había también mapas dibujados a mano, cartillas y unos cuantos binoculares. Era una casa que respiraba más allá de sus muros. Se hablaba en futuro. Antes, el conflicto ya había interrumpido ese futuro. A finales de los noventa las FARC ocuparon parte del territorio. Esta casa, como tantas otras cosas, quedó en medio de las disputas y la destruyeron. Fue la afirmación del miedo que se instaló a lo largo de la laguna. Después vinieron los silencios. Nadie volvió. El lugar se deshizo con el tiempo, sin necesidad de balas para volverse ruina. Ahora hay un mural. En la pared alguien pintó un tucán del bosque y un niño que probablemente ya es adulto. La pintura empieza a borrarse. Las trepadoras crecen sin prisa, como si quisieran cubrir esa imagen con el mismo cuidado con que uno tapa algo que ya no sabe mirar. En tiempos de intentos de paz ha sido difícil volver.





Pedazos de la casa permanecen, pero ha dejado de ser un punto de encuentro. Las voluntades se dispersan entre intereses diversos, y de la conservación, como dicen, no se vive. Mientras tanto, el bosque avanza, ajeno a las urgencias humanas, sin apuro, reclamando el suelo profundo y el cielo abierto que alguna vez fueron suyos. Quienes llegan lo hacen por las aves o por el pasto para las vacas. A veces, los primeros, entre sus observaciones, plantan algunas semillas. Los segundos, en cambio, dejan su huella más profunda. Ninguno se detiene. En el recorrido, las trochas se confunden con las hierbas pioneras y las plántulas se quiebran bajo el paso del ganado. Las aves, en cambio, aún encuentran aquí un respiro, lejos del bullicio que asfixia las otras orillas de la laguna. Fue en esta casa donde nació la idea de crear la Reserva Natural de la Sociedad Civil Herederos del Planeta. No fue un proyecto impuesto. Fue una decisión que tomó forma entre conversaciones comunitarias. Y ahora, lo que queda de ella, de la casa, es testimonio de la promesa que aún persiste.

✳ Fue en esta casa donde nació la idea de crear la Reserva Natural de la Sociedad Civil Herederos del Planeta.



ALGUNA VEZ HUBO ACTIVIDAD VOLCÁNICA

[pasado geológico remoto]

La laguna de La Cocha es un pliegue antiguo del tiempo geológico, un cuenco andino formado por el lento movimiento de las placas tectónicas, por la violencia del magma y la paciencia del agua. Aquí, donde hoy se mecen las aguas frías rodeadas de humedales, alguna vez hubo actividad volcánica. Los cerros que la custodian, el Patascoy o el Buerán, son vestigios de un sistema volcánico que moldeó el relieve del departamento de Nariño en un vaivén de erupciones, sedimentos y hundimientos. La cuenca actual es el resultado de una antigua caldera colapsada, transformada después en un espejo de agua por la acumulación de escorrentías y el cierre natural de los drenajes. Esta memoria geológica aún vibra en los suelos arcillosos y en las zonas de turba que, como capas de un relato comprimido, contiene siglos de materia vegetal en descomposición, de cenizas y arenas volcánicas.

Habitar La Cocha es caminar sobre la huella de un proceso que nos precede en millones

de años. Las comunidades locales reconocen esta historia bajo sus pies. Algunos relatos orales mencionan al volcán dormido como guardián del agua. Hay quienes dicen que el suelo está vivo, y esto no es una metáfora. En los pliegues del terreno, en la forma de la bahía que parece un corazón abierto, se cultiva una gran variedad de productos que brotan de los suelos volcánicos con la urgencia de quien busca el aire. Hay algo en estas laderas –una vibración antigua, una porosidad caliente que no ha desaparecido del todo– que alimenta la tierra desde dentro. No es solo fertilidad; es un pulso. Cenizas, minerales, restos ígneos que se hundieron hace siglos y ahora regresan como verdor.

Des-sedimentar la historia es también hundirse en el subsuelo. Nombrar los tipos de suelo –la turba, la arcilla, la arena negra– no como datos técnicos, sino como memorias posibles. En La Cocha conservan porque conocen íntimamente la fertilidad, la fragilidad y la memoria mineral de su tierra. La conservación, aquí, no es una consigna. Es una forma de estar en la tierra sin apurarla, de reconocer en el suelo algo más que soporte.

* La conservación, aquí, no es una consigna. Es una forma de estar en la tierra sin apurarla, de reconocer en el suelo algo más que soporte.





RESERVAS NATURALES DE LA SOCIEDAD CIVIL (RNSC): ARRAIGO COMUNITARIO

[reporte básico]

—

En el altiplano húmedo del sur de Nariño, a más de 2.700 metros sobre el nivel del mar, se encuentra la laguna de La Cocha, uno de los humedales altoandinos más relevantes de Colombia y de América Latina. Su espejo de agua supera las 4.200 hectáreas, pero aquello que la rodea y la nutre –bosques andinos, nacederos, turberas y zonas de humedales– se extiende por más de 39.000 hectáreas, casi diez veces el tamaño de la propia laguna. El ecosistema destaca por su biodiversidad y los vínculos históricos, sociales y culturales que sostiene con las comunidades locales.

La figura de Reserva Natural de la Sociedad Civil (RNSC) ha sido fundamental para garantizar la conservación en esta región de manera articulada con las formas de vida que se practican. A través de ella, personas o colectivos pueden destinar voluntariamente parte de sus predios privados al cuidado del ecosistema. Las

RNSC ingresan al Registro Único Nacional de Áreas Protegidas (RUNAP) y reciben reconocimiento estatal, mas su gestión permanece en manos de los ciudadanos que las crean.

En La Cocha, muchas de las reservas que la circundan surgieron por iniciativa de las propias comunidades. Agricultores, familias indígenas y organizaciones locales comenzaron a establecer acuerdos para proteger nacederos de agua, reducir el impacto del ganado, sembrar especies nativas o mantener corredores para aves migratorias. Con el tiempo, estas decisiones dieron lugar a expresiones como El Silencio, Santa Isabel o Herederos del Planeta, reservas que hoy hacen parte de una red que comparte aprendizajes, recorridos y estrategias de cuidado.

En las laderas que rodean la laguna, el bosque alto andino se despliega como una arquitectura de humedad y sombra. Robles, helechos arbóreos y líquenes centenarios configuran un entramado vegetal que respira al ritmo de la neblina. Entre bromelias colgantes y epífitas sin nombre fuera de la comunidad, se filtran insectos, aves y mamíferos diminutos. El suelo esponjoso retiene el agua y alimenta los nacederos. Cada rama y cada raíz participa de un equilibrio que ha resistido incendios, tala y olvido. Su persistencia asegura la continuidad del agua, de los cantos y de los cuerpos que aún lo recorren.

Estas RNSC protegen segmentos del bosque andino, un ecosistema estratégico para la regulación hídrica y el almacenamiento de

carbono. También contribuyen a reducir presiones como el avance de la frontera ganadera o el turismo sin control. Pero su valor se extiende más allá de lo ecológico: en estos espacios se conservan prácticas agrícolas adaptadas, formas intergeneracionales de transmisión del conocimiento y dinámicas de organización social que responden al contexto del territorio.

Frente a otras figuras como los Distritos Regionales de Manejo Integrado (DRMI), gestionados desde entidades ambientales, las RNSC se diferencian por su arraigo comunitario. Los acuerdos se construyen en recorridos, asambleas y decisiones compartidas. Aunque muchas de estas reservas son pequeñas en



extensión, el impacto que generan en términos de apropiación local es mayúsculo.

La experiencia de La Cocha permite entender cómo el reconocimiento legal y administrativo puede consolidar una relación ya cultivada con el territorio. Las reservas que allí existen toman forma desde la vida cotidiana: crecen con los acuerdos familiares, se fortalecen con los recorridos compartidos y se sostienen en el diálogo constante con el bosque, el agua y las formas de vida que habitan.





MATORRAL DE SENTIDOS

[estelas vivas]

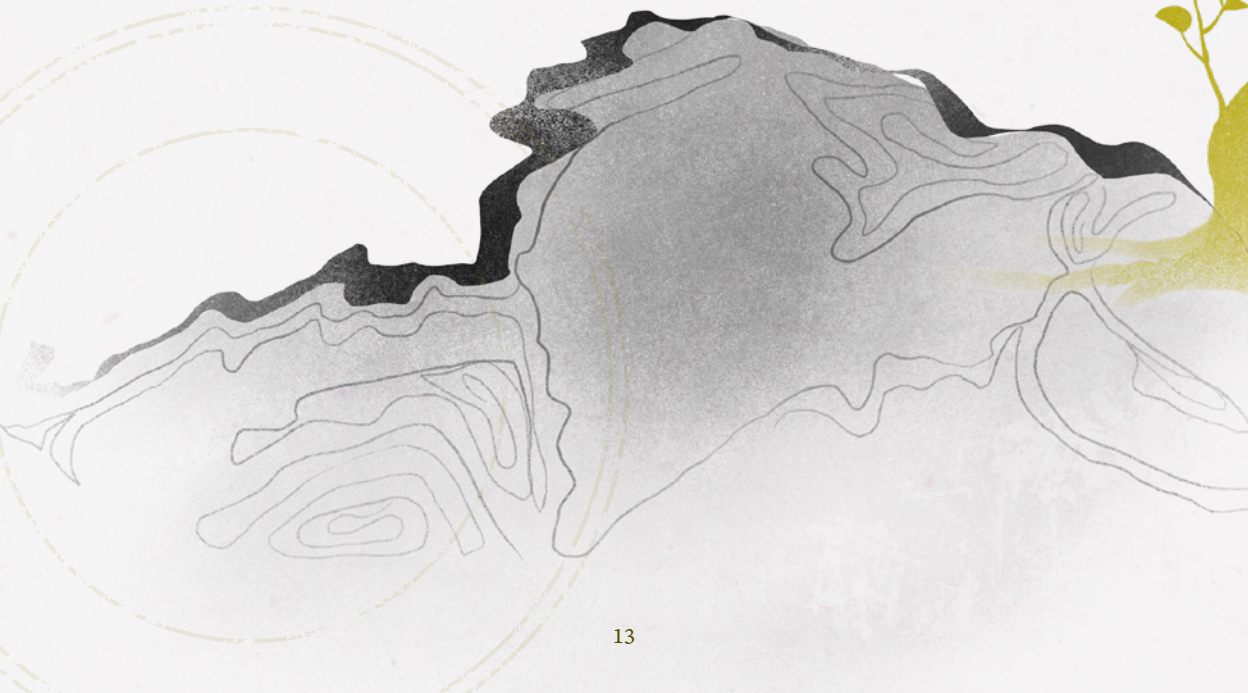
—

La Cocha no es una unidad ecológica absoluta o un paisaje intocado. Sus 39.000 hectáreas –incluyendo el cuerpo de agua de 4.240 hectáreas– son un ensamblaje donde las reservas naturales de la sociedad civil se entretejen con prácticas campesinas, relatos indígenas, intentos estatales de conservación y formas de subsistencia que no se registran en los mapas. En este territorio, la naturaleza no es una escena externa que se contempla ni un sistema que se gestiona. Se trata más bien de un continuo táctil, sonoro y material que se pisa y en el que se cultiva, se dialoga y se ejerce el cuidado.

Aquí no hay una armonía ancestral absoluta ni una distancia clara entre quienes habitan el bosque y lo que el bosque sostiene. Hay, en cambio, una fricción cotidiana entre maneras distintas de habitar el mundo; un matorral de sentidos. Para algunos, el cerro es una entidad con humor cambiante; para otros, una amenaza de deslizamiento o erupción; para otros más, un punto de referencia topográfica. Las visiones se superponen, como capas de suelo que no

terminan de compactarse. Y si la ley busca trazar límites claros, la vida comunitaria tiende a desbordarlos con insistencia: huertas que aparecen donde no se esperaba, acuerdos verbales que no figuran en los planes de manejo, silencios que también dicen.

En estas *estelas de sentido* voy encontrando interrupciones del discurso dominante: giros, gestos, palabras que rompen el guion de la conservación como protocolo técnico. Un nombre para un árbol, una pausa en medio de una explicación, una contradicción entre lo dicho y lo hecho. No se viene a la vereda El Encano a extraer sentido y más bien sí a sedimentarse con él. Registrar lo que no se deja capturar fácilmente. Porque la naturaleza no está ni afuera ni debajo; está en medio: entre la tierra y el paso, entre el nombre y la duda, entre lo que se quiso conservar y lo que insiste en crecer por su cuenta.





CONCHITA MATABANCHOY

[adaptación poética de entrevista]

—

Conchita Matabanchoy no habla de conservación en términos de métricas ni indicadores. La suya es una gramática del terreno, aprendida sin mapas. Conchita lidera la Reserva Natural de la Sociedad Civil Encanto Andino, en el entorno de La Cocha, y al conversar con ella uno entiende pronto que conservar, en este contexto, no significa detener el tiempo, ni devolver el paisaje a un estado original idealizado. Significa sostener una relación viva, exigente y concreta con el lugar que se habita.

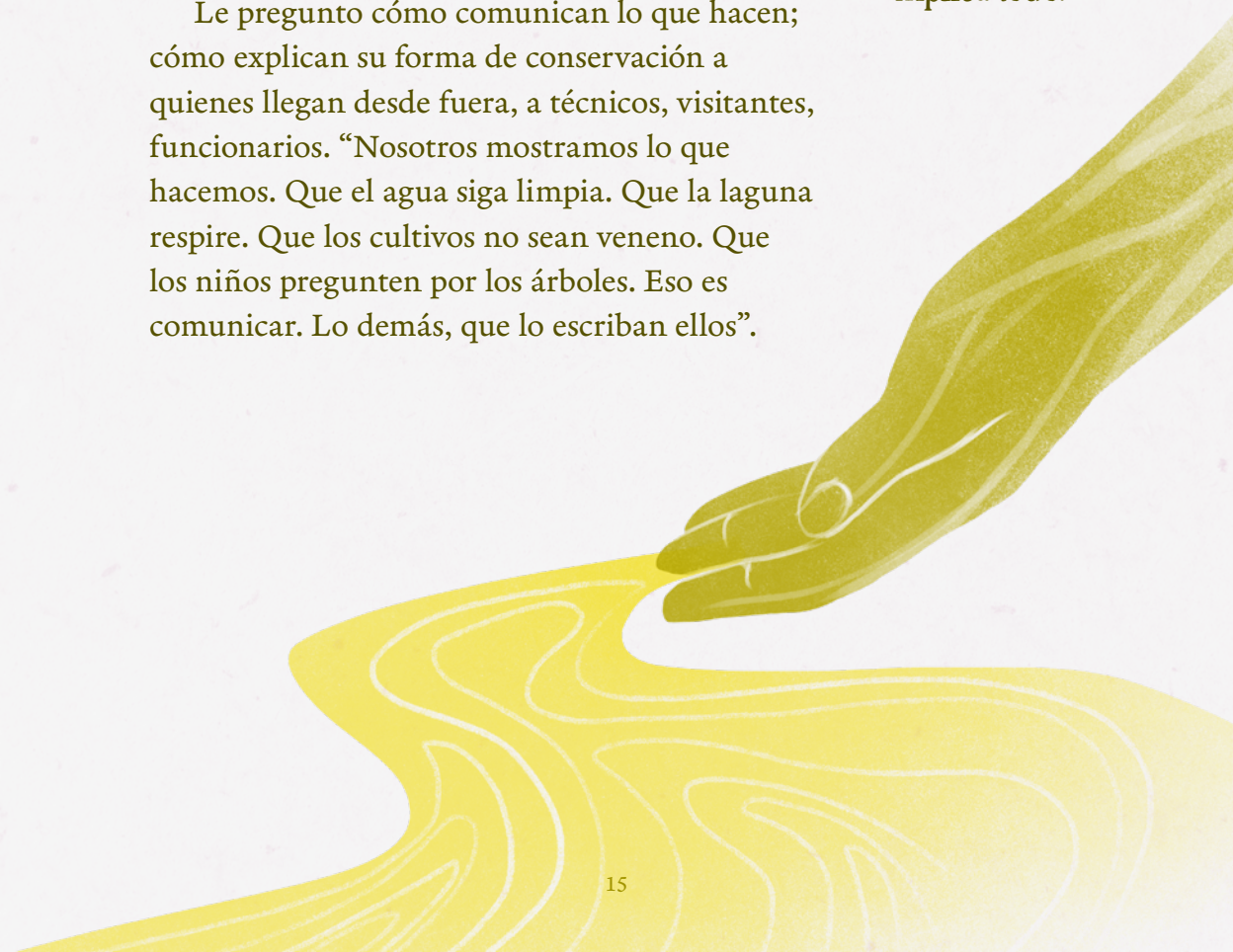
"La conservación no es guardar. Es saber estar sin agotar", me dice, mientras señala los bordes del humedal donde empieza la turba. Su forma de hablar evita tanto la nostalgia como el discurso técnico. Es otra cosa: una manera de comunicar que parte de los ritmos del cuerpo, del trabajo colectivo, de lo que ella llama "la conversación con la tierra". Esa conversación tiene reglas, aunque no estén escritas: plantar con luna, no

hacer cortes después de la lluvia, escuchar el comportamiento de los nacederos.

Encanto Andino ya fue reconocida de manera oficial como Reserva Natural de la Sociedad Civil, pero Conchita insiste en que esa figura legal no lo explica todo. La resolución que la avala vino después de muchas otras cosas: después de la siembra, después del conflicto armado, después del retorno. La reserva no se construyó para cumplir con un marco legal. Surgió de una necesidad compartida por las familias campesinas y el cabildo indígena, comunidades que habitan la ribera de la laguna: recuperar un pedazo de vida donde el territorio se había fragmentado.

Le pregunto cómo comunican lo que hacen; cómo explican su forma de conservación a quienes llegan desde fuera, a técnicos, visitantes, funcionarios. “Nosotros mostramos lo que hacemos. Que el agua siga limpia. Que la laguna respire. Que los cultivos no sean veneno. Que los niños pregunten por los árboles. Eso es comunicar. Lo demás, que lo escriban ellos”.

* Encanto Andino ya fue reconocida de manera oficial como Reserva Natural de la Sociedad Civil, pero Conchita insiste en que esa figura legal no lo explica todo.



Y sin embargo, sí comunican. Lo hacen con recorridos, talleres y enseñando de manera abierta, a quien esté interesado, que conservar no es algo aparte de vivir. En Encanto Andino las parcelas productivas no están separadas del área protegida. Se camina de una a otra sin transición evidente. No hay una línea que diga: aquí es conservación, allá es economía. Todo ocurre en la misma topografía de cuidado.

Las medidas que implementan –restauración de suelos, protección de nacederos, agroecología sin químicos, monitoreo comunitario de aves– aparecen en los informes como indicadores. Para Conchita Matabanchoy, en cambio, son gestos cotidianos. “El agua se cuida con los pies

Sí comunican. Lo hacen con recorridos, talleres y enseñando de manera abierta, a quien esté interesado, que conservar no es algo aparte de vivir.





descalzos, no con drones", me dice mientras camina hacia uno de los nacederos. Señala un tramo donde el pasto crece más oscuro: ahí limpiaron la primera filtración, la cercaron con guadua y dejaron que la humedad hiciera el resto. Un poco más abajo, donde antes entraba el ganado, ahora crecen árboles jóvenes que devuelven sombra y sujetan la tierra.

Encanto Andino no es una excepción. Es un ejemplo. Una forma de decir que la conservación no necesita traducirse a un solo idioma; puede tener acento campesino, respiración indígena, memoria compartida. Puede hacerse sin espectáculos, sin etiquetas, sin discursos que la separen de la vida cotidiana.



LA LEY ESCRITA, LA LEY VIVIDA

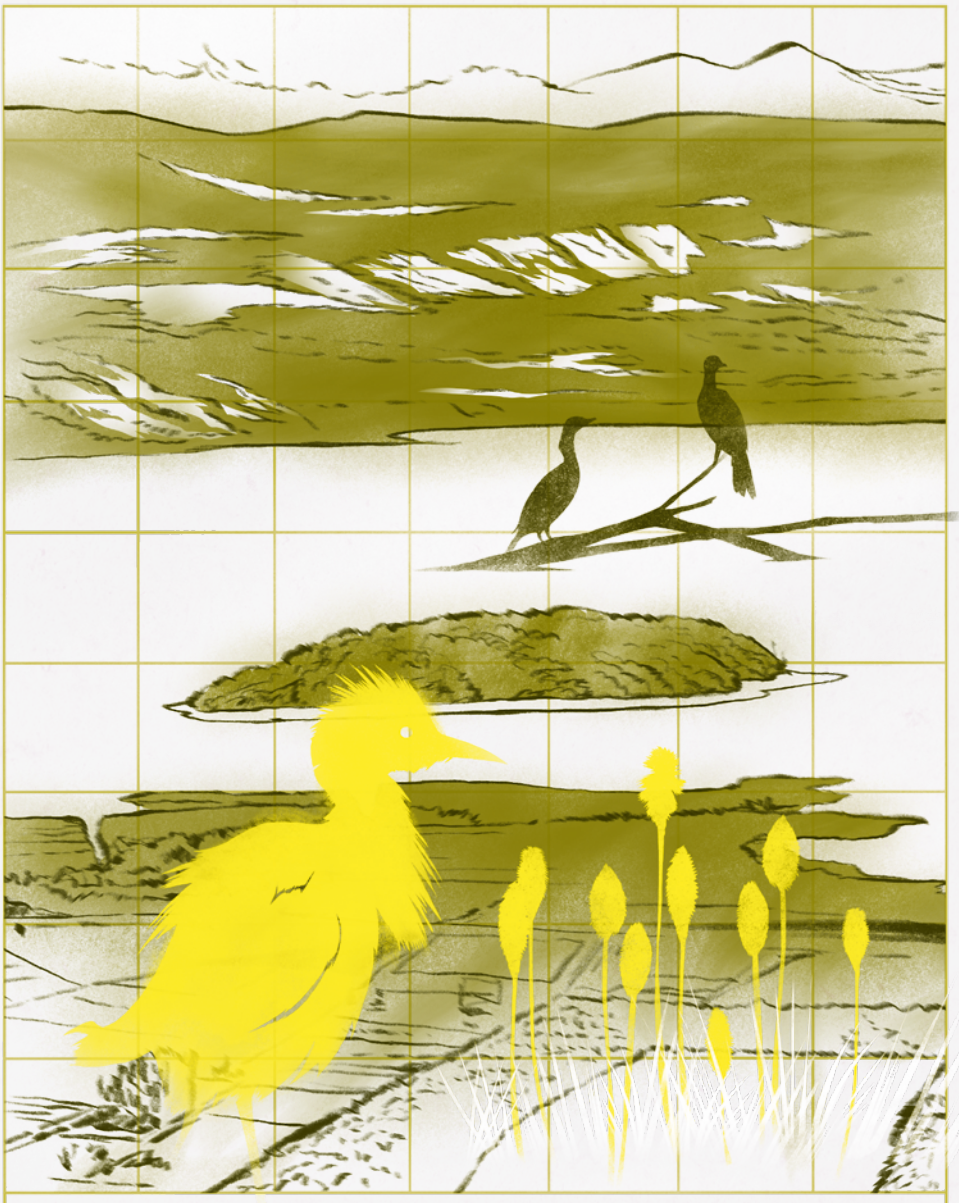
[lo jurídico]

—

En La Cocha, el derecho no llega como visitante neutral. Se posa, se instala y, a veces, sin quererlo, desplaza. La figura de la Reserva Natural de la Sociedad Civil (RNSC) –invención jurídico-administrativa que nace de la voluntad de conservar en tierras privadas– se convierte en un espejo donde se reflejan las tensiones entre la ley escrita y la ley vivida.

El marco legal que regula estas reservas –desde la Ley 99 de 1993 hasta el Decreto 1076 de 2015– proyecta una promesa: la conservación puede ser también un acto privado, voluntario, legítimo. Pero esa promesa, al tocar tierra, se encuentra con caminos ya trazados por la costumbre, la memoria territorial y la lucha por la tierra.

En La Cocha, muchas de estas reservas privadas surgen de iniciativas comunitarias que han cuidado el agua, el bosque y el territorio mucho antes de que existieran registros oficiales. El reconocimiento jurídico a través del RUNAP (Registro Único Nacional de Áreas Protegidas)



En La Cocha, muchas de estas reservas privadas surgen de iniciativas comunitarias que han cuidado el agua, el bosque y el territorio.

formaliza esta vocación, pero también introduce nuevas dinámicas: aparecen conversaciones sobre los límites, los usos permitidos y la manera de hacer compatibles las prácticas productivas tradicionales con los marcos de conservación. En este proceso, el diálogo entre comunidades, autoridades ambientales y saberes locales se vuelve clave para que las figuras jurídicas no desplacen la historia del lugar, sino que la escuchen y la acompañen.

Registrar una RNSC es un gesto voluntario. Esta decisión libre abre la posibilidad de proteger el territorio a través de una figura jurídica reconocida por el Estado. Tal acto, sin embargo, también transforma la manera en la que las comunidades piensan y habitan la tierra. El derecho introduce nuevas categorías, tiempos y lógicas; al hacerlo, puede entrar en diálogo con las formas locales de legalidad –como el acuerdo comunal o la palabra dada–; también, en otros casos, generar tensiones si no se reconocen plenamente las memorias territoriales. Se trata, en últimas, de zonas de encuentro que requiere escucha mutua y sensibilidad institucional.

✳ Registrar una RNSC es un gesto voluntario. Esta decisión libre abre la posibilidad de proteger el territorio a través de una figura jurídica reconocida por el Estado.

El marco legal actual, que otorga derechos como la participación en la planeación del desarrollo municipal o el consentimiento previo frente a inversiones públicas, abre posibilidades. También exige capacidades técnicas, jurídicas y administrativas que muchas comunidades no tienen. La ley, entonces, se vuelve un terreno

desigual: quienes pueden navegarla, acceden a sus beneficios; quienes no, quedan al margen.

En La Cocha, la figura de conservación funciona como un cruce de caminos donde convergen la voluntad de cuidar, las formas de producir y las exigencias legales que organizan el territorio. Esta categoría –la RNSC–, inscrita en el Sistema Nacional de Áreas Protegidas (SINAP), adopta múltiples sentidos cuando entra en diálogo con los modos de vida locales. Lo jurídico–administrativo se vuelve relato: una forma de narrar tensiones, de proponer acuerdos y de moldear la relación entre comunidades, ecosistemas y Estado. En ese entrelazamiento, diferentes futuros posibles son desplegados para quienes habitan y defienden los territorios conservados.

* Una forma de narrar tensiones, de proponer acuerdos y de moldear la relación entre comunidades, ecosistemas y Estado.





LA LAGUNA ES UN UMBRAL

[mapas psicoafectivos]

—

En el altiplano húmedo de Nariño, el territorio se camina y se evoca. La memoria acompaña el paso, y el cuerpo, con sus gestos y silencios, va trazando una forma de habitar. En torno a la laguna de La Cocha, las comunidades han ido tejiendo una red de lugares significativos que reconocen en los recorridos, en los relatos y en las prácticas cotidianas. Es su cartografía de experiencias.

La laguna de La Cocha aparece como un punto de encuentro entre dimensiones que coexisten: lo ritual y lo cotidiano, la biodiversidad y la palabra. En sus orillas, las comunidades organizan la vida a partir de los ritmos propios del lugar: las cosechas, las celebraciones, los tiempos de cuidado y de pausa. Más allá de su extensión geográfica, la laguna establece una cercanía que se siente en los gestos y en las rutinas compartidas. Para muchas personas, se manifiesta primero en el oído: en el murmullo del agua, en el canto de las aves, en los silencios que acompañan ciertas tareas.

El Encano, corregimiento cercano, funciona como nodo de articulación entre la vida comunitaria y los procesos de conservación. Allí, la figura de la RNSC no se impuso como categoría técnica, sino que emergió como traducción legal de una práctica ya existente: cuidar el entorno como forma de cuidar la vida. Las calles, las huertas, los caminos de piedra son infraestructura social: huellas de decisiones colectivas.

Las reservas como Santa Isabel o El Silencio concentran una historia que se ha urdido con esfuerzo y acuerdos comunitarios. Allí se entrelazan relatos familiares, aprendizajes compartidos y formas de relación con la tierra que nacen de la experiencia cotidiana. Cada árbol sembrado, cada camino delineado, cada decisión sobre el uso del suelo refleja un vínculo activo con el pasado y con quienes lo hicieron habitable. Más que por su extensión o ubicación, estas reservas se reconocen por las relaciones que mantienen vivas.

Los resguardos indígenas –el de Santa Lucía, por ejemplo, ubicado en las laderas altas que rodean la laguna por el suroriente– enriquecen esta cartografía sensible a través de una relación ritual –no menos cotidiana– con el territorio. El vínculo con los lugares sagrados, los sitios de ofrenda y los caminos ceremoniales se manifiesta como una forma de atención continua, donde la montaña y el agua no se contemplan como recursos, sino como interlocutores. Las prácticas de cuidado no se organizan a partir de la biodiversidad como inventario, sino desde una

Las reservas como Santa Isabel o El Silencio concentran una historia que se ha urdido con esfuerzo y acuerdos comunitarios.



ética de reciprocidad con el suelo, los espíritus tutelares y los ciclos que ordenan la vida colectiva.

También están las veredas: El Puerto, Santa Clara, El Motilón. Cada una tiene su propio archivo de afectos: una quebrada donde se aprendió a pescar, una piedra que marcaba el inicio de una parcela, un árbol bajo el cual se discutió una decisión importante. Estos puntos, invisibles para la cartografía oficial, son esenciales para comprender cómo construyen el territorio desde lo sensible.

Los mapas psicoafectivos despliegan otra manera de leer el territorio. En lugar de representar bordes fijos o categorías formales, recogen formas de relación que se han tejido en la experiencia cotidiana: vínculos con el agua, con los árboles, con los caminos recorridos una y otra vez. Las trazas sensibles que emergen en La Cocha se enlazan con historias vividas y formas locales de cuidado. En ellas comprendemos cómo se cultivan los sentidos del lugar, y cómo esos sentidos guían las acciones de conservación que siguen desplegándose.





Conservar: Ya era Una Práctica social

[pasado social]

—

Cuando preguntas por el origen de las reservas naturales en La Cocha, las respuestas traen nombres propios. Los Jojoa, decididos a no vender, a no talar, a quedarse. Las Omairas, sembrando árboles donde antes hubo potreros. Los herederos del planeta, jóvenes que eligieron cuidar el agua en lugar de migrar. La historia de las RNSC en esta región nace con las decisiones íntimas y compartidas de quienes apostaron por el cuidado.

Los relatos comunitarios sobre el pasado de La Cocha están marcados por una tensión constante entre el abandono estatal y la autoorganización. En los años ochenta y noventa, cuando la presencia institucional era mínima, fueron las comunidades quienes empezaron a hablar de conservación: proteger el bosque, cuidar la laguna, enseñar a los hijos a no cazar. La llegada de la figura jurídica de las RNSC, reconocida en la Ley 99 de 1993, fue leída por muchos como una validación tardía de lo que ya venían haciendo.

En las entrevistas, los mayores recuerdan con orgullo los primeros encuentros para conformar redes de reservas, las visitas de técnicos que no entendían el territorio y las primeras veces que se habló de "plan de manejo". También emergen relatos de conflicto: disputas por linderos, tensiones con vecinos que no compartían la visión conservacionista y frustraciones frente a trámites que se prolongaban por años. La memoria de la comunidad no es lineal ni heroica; es una mezcla de logros, resistencias y contradicciones.

Un personaje frecuente en los relatos es "el abuelo que no dejó vender". Su figura encarna persistencia: mantener el vínculo con la tierra cuando otros caminos parecían más fáciles. También aparece la constante de la laguna. "Ella nos ha visto crecer", dicen. Se trata de una relación en la que el entorno acompaña la vida diaria y deja memoria.

✳ En este proceso, las reservas naturales de la sociedad civil funcionan como herramientas que vinculan la protección del territorio con la experiencia diaria.

Hablar del pasado social en La Cocha implica reconocer una comunidad que ha logrado traducir sus prácticas cotidianas en figuras legales sin desvincularse de las formas propias de decisión y cuidado. En este proceso, las reservas naturales de la sociedad civil funcionan como herramientas que vinculan la protección del territorio con la experiencia diaria. A través de ellas, se articulan saberes locales, acuerdos colectivos y formas concretas de organizar el espacio. La memoria colectiva da sentido al presente y legitima la conservación como herencia, como derecho y como horizonte común.



Un personaje frecuente en los relatos es "el abuelo que no dejó vender". Su figura encarna persistencia: mantener el vínculo con la tierra cuando otros caminos parecían más fáciles.



REGISTROS SONOROS

[material abierto]

—

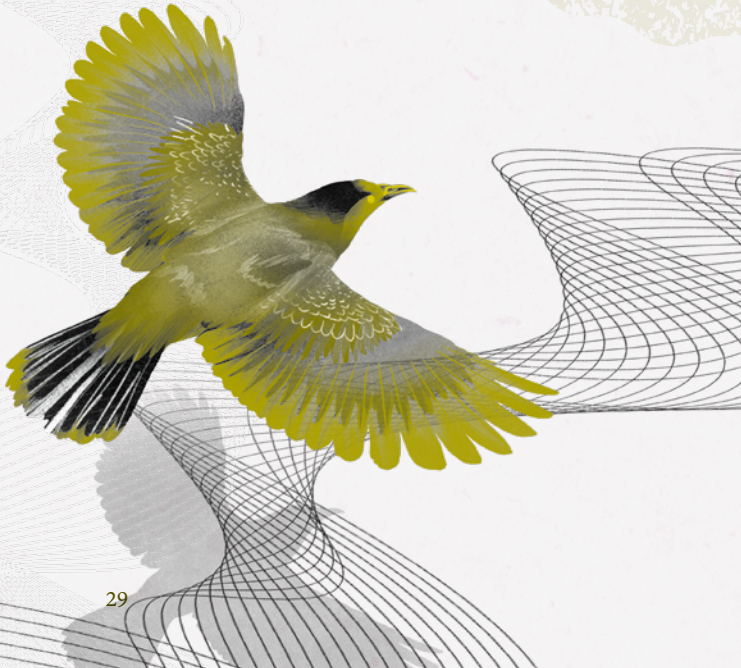
En la mañana del Global Big Day 2025, las aves parecían llegar antes que la luz. Algunas se dejaban ver, rápidas y esquivas; otras solo dejaban una huella de sonido. Las grabadoras se encendieron sin muchas instrucciones. No eran máquinas sofisticadas. Bastaban para atrapar lo que luego nadie podía repetir con exactitud: un trino entrecortado, un llamado largo como una cuerda, un eco que parecía responder desde más lejos.

Lo que empezó como un registro sonoro se transformó pronto en una forma de conversación. Los cantos activaban recuerdos –de infancia, de lluvias, de trabajos hechos al ritmo de un silbido– y cada grabación encontraba una interpretación distinta, según quién escuchara. Algunas personas identificaban a las aves por nombre; otras las reconocían por lo que anuncian: la llegada del verano, la hora del descanso, un cambio de estación que no está en ningún calendario.

Con herramientas como *Merlin Bird ID*, las voces capturadas las comparaban en tiempo real con una base de datos global. A veces

coincidían. A veces no. La tecnología ofrecía un nombre científico, una ficha técnica, un mapa de distribución. En el grupo, sin embargo, lo que generaba más atención era la forma en la que una persona imitaba el canto con la boca, o cómo alguien recordaba que esa ave solía posarse siempre en el mismo árbol, al borde de un bosque que ya no existe.

El material grabado fue archivado sin editar los ruidos de fondo. Esa decisión buscó conservar la atmósfera completa de cada recorrido. Los audios no solo contienen cantos de aves, sino también fragmentos de conversaciones, risas, interrupciones y los silencios que ocurren cuando algo inesperado suena en la distancia. A partir de estos registros surgieron nuevas preguntas sobre cómo escuchar el territorio, qué se repite y qué cambia con el tiempo. Escuchar con atención estos fragmentos revela un territorio que se pronuncia en su propia lengua sonora.





EN LA RESERVA DE CAMPO ELÍAS

[herbarios estéticos]

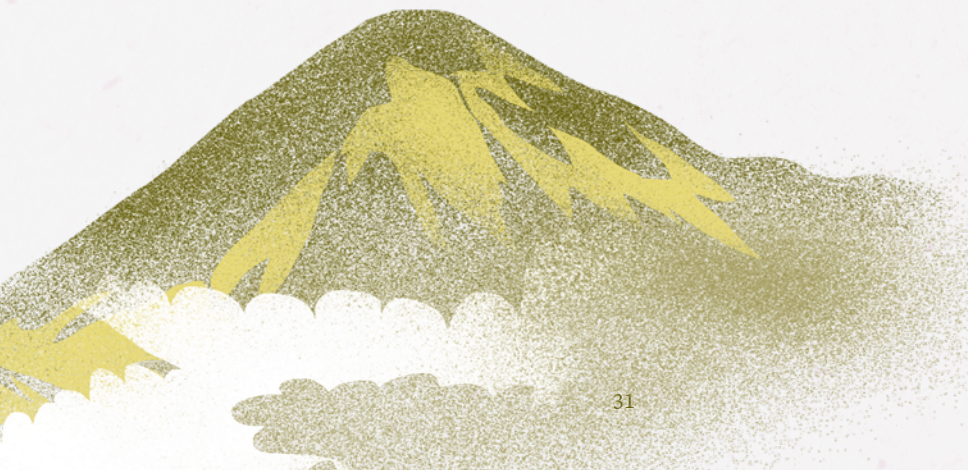
—

Campo Elías conoce las plantas porque las ha cuidado durante años. En su reserva las identifica de acuerdo con lo que aportan en la vida diaria: alivian dolores, acompañan alimentos, evocan momentos o conversaciones. Su conocimiento circula entre caminatas y recetas y charlas con visitantes. Cada especie tiene un lugar en la memoria y en la rutina, ya sea por sus efectos medicinales o por los gestos que enseña al cultivarla. Esta forma de saber la han fortalecido en comunidad y la asocian a una idea *buen vivir*, donde el centro es el cuidado de la tierra y de las relaciones. En la reserva de Campo Elías, conservar no es una consigna abstracta, sino una práctica continua que afirma autonomía y pertenencia.

Algunas de las especies que cuida y conoce –los diferentes tipos de caléndula, el motilón, las hortalizas o el cascarillo– forman parte de un conocimiento que combina usos medicinales, alimenticios y culturales. Cada planta está asociada a momentos específicos del cultivo, formas de preparación y modos de compartir que circulan en la vida cotidiana. En ese intercambio fortalecen prácticas de cuidado que dan forma a una relación sostenida con el entorno.

Campo Elías transmite su conocimiento botánico con precisión y cercanía. Sus explicaciones combinan detalles sobre los efectos de las plantas –posibilidades de alucinación, propiedades antisépticas, atribuciones curativas–, recomendaciones prácticas y relatos sobre cómo llegaron a formar parte de la reserva. A medida que conversa, ajusta sus palabras al interés de quien escucha: algunas veces explica cómo se prepara una infusión para aliviar un dolor; otras, cuenta quién le enseñó a reconocer una planta o en qué momento es mejor sembrarla. Así el conocimiento circula de manera activa y situada, fortalecido por la experiencia y el diálogo.

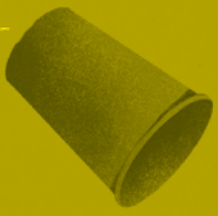
✳ Cada planta está asociada a momentos específicos del cultivo, formas de preparación y modos de compartir que circulan en la vida cotidiana.



La propuesta ética y política de la reserva la expresa a través de prácticas concretas: el respeto por los ciclos naturales, el uso responsable del suelo, el intercambio de semillas, el cuidado mutuo. En un contexto donde muchas formas de vida están amenazadas por presiones económicas o modelos extractivos, estas prácticas representan una forma de resistencia cotidiana, silenciosa pero persistente.

En la reserva de Campo Elías la clasificación de las plantas surge de la interacción constante con quienes las cultivan y las cuidan. El conocimiento se transmite en la conversación, se afina en la práctica y toma forma en los gestos con que se señala un tallo, se recuerda un efecto químico o se elige el momento de sembrar. Cada especie guarda una memoria y proyecta una intención: aliviar, nutrir, enseñar. En esta colección oral, lo científico y lo personal son partes enlazadas de un mismo compromiso con el territorio y la vida compartida.





El conocimiento se transmite en la conversación, se afina en la práctica y toma forma en los gestos con que se señala un tallo, se recuerda un efecto químico o se elige el momento de sembrar. Cada especie guarda una memoria y proyecta una intención: aliviar, nutrir, enseñar. En esta colección oral, lo científico y lo personal son partes enlazadas de un mismo compromiso con el territorio y la vida compartida.



NADA RESALTA DEMASIADO. TODO PULSA

[carta cromática]

—

Al caminar por la Cuesta de los Arrepentidos, los tonos se abren despacio. Un verdecito cubre los filos más húmedos; los árboles se visten de líquenes con tonos grisáceos, apenas musgo. Abajo, el lago aguanta nubes en su espejo. Nada resalta demasiado, pero todo pulsa.

En la reserva de Los Arrayanes los colores se organizan como un idioma sutil que se aprende mirando. El suelo enseña a distinguir cuándo





hay retención de agua o qué zonas han sido más pisadas por ganado. La corteza del arrayán guarda vetas rojizas que se confunden con el ocre de piedras dispersas. Una hoja seca en el borde del camino ofrece un matiz que no se encuentra en catálogo; alguien lo nombra con seguridad: “ese color lo da el frío que cae en julio, cuando la matica se encoge poquito”.

La carta de colores de la reserva aquí se compone trepando, recolectando fragmentos, dejando que el ojo se entrene en los detalles que un satélite no detecta. Hay un nombre correcto para cada color y también una memoria que los reconoce. Un verdecito puede hablar de alimento, otro de advertencia. El gris del agua enseña si viene lluvia. Cada tono se reconoce en voz baja, con palabras que afinan el gesto más que el concepto. Así se nombra el mundo cuando se le cuida sin apuro: mezcla de afecto y precisión que nace de vivir entre matices.



IMAGINAN EL PORVENIR

[futuros imaginados]

—

Para muchas personas aquí en El Encano, el futuro se parece mucho a los terrenos que cultivan. Lo construyen con paciencia, entre estaciones, al ritmo del entorno. Hay quienes sueñan con que sus hijos escuchen las mismas aves que bajan con la neblina, que las semillas sigan encontrando su sitio sin alterar la tierra, que los caminos mantengan su forma sin perder el paso compartido. Imaginan el porvenir como un espacio que siguen habitando, con cambios que acompañan a la memoria en su transición por el tiempo.

✳ Los más jóvenes a veces dibujan escuelas dentro del bosque o torres que recojan agua de la neblina. Otros piensan en formas nuevas de vivir del territorio sin tener que dejarlo.

Los más jóvenes a veces dibujan escuelas dentro del bosque o torres que recojan agua de la neblina. Otros piensan en formas nuevas de vivir del territorio sin tener que dejarlo. Hay también quien, sin palabras grandilocuentes, espera que la reserva no se achique, que no se desordene lo que tanto ha costado cuidar.

En estas conversaciones, el futuro aparece como una forma de resistencia serena. Imaginar lo que vendrá es ya una forma de cuidado. Como si prever fuera también sembrar, como si las palabras que nombran lo posible pudieran abonar la tierra.

Y si alguna imagen se repite, es la de seguir contando lo que aquí ocurre. Que no se pierda la historia de cómo empezó la restauración; qué día se volvió a ver al venado; cómo se decidió cambiar el cultivo. Tal vez eso es lo que más desean: que haya siempre alguien para recordar y volver a imaginar.





Donde el aire es más delgado

[recorrido]

—

El recorrido empieza donde el aire es más delgado y las matas de frailejón asoman como columnas blandas entre la bruma. Algunos tienen más de cincuenta años: el musgo les crece en las cicatrices, y en sus bases húmedas brotan líquenes minúsculos, blancos como sal seca. Un poco más abajo, los robles resisten el viento frío, sus raíces profundas sostienen el suelo donde anidan las primeras bromelias. Al descender, aparece el cascarillo, cuyas cortezas han sido usadas por generaciones para calmar la fiebre y los nervios.

Un terlaque se desliza entre los helechos arbóreos sin alterar el follaje. En su vuelo bajo, apenas roza las bromelias colgantes que bordean el sendero. A medida que descendemos, los claros interrumpen el bosque nublado: parcelas de papa y cebolla se alternan con cultivos menores de chocho y de forraje para los cuyes. No hay una línea divisoria entre el cultivo y el borde boscoso; los líquenes aún cuelgan de los postes de cerca.

El suelo comienza a volverse más compacto y saturado, ennegrecido por capas de hojarasca en descomposición y por la persistente humedad de la neblina. Huele a musgo, a raíces expuestas, a savia fresca, a suelo poblado de lombrices y removido por el paso. Cada tanto, una raíz retorcida obliga al caminante a bajar la vista.

Desde un alto, la laguna aparece extendida como una pausa líquida. Su espejo se rompe con el giro de las aves: patos crestados, zambullidores, garzas que solo bajan cuando las lluvias ceden. No forman bandadas exactas, pero su trayecto dibuja coordenadas móviles. En ellas, se adivina un ritmo: algo que une la altura con el agua, el tránsito de los cuerpos con el pulso vegetal del paisaje.

* Desde un alto, la laguna aparece extendida como una pausa líquida. Su espejo se rompe con el giro de las aves: patos crestados, zambullidores, garzas que solo bajan cuando las lluvias ceden.



Esta publicación se produjo en el marco de Conserva Aves, una iniciativa liderada por American Bird Conservancy, National Audubon Society, BirdLife International y la Red de Fondos Ambientales de Latinoamérica y el Caribe (RedLAC) e implementada en Colombia por el Fondo Acción y la Asociación Calidris con recursos de Bezos Earth Fund.

Todo ocurre en la misma topografía de cuidado [Reserva Natural de la Sociedad Civil Herederos del Planeta]
Felipe Aramburo Jaramillo
978-628-97557-3-2

Fundar cuidado: figuras de conservación en territorios de Colombia
978-628-95312-9-9

Es un proyecto editorial de apropiación social del conocimiento de la Maestría en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo en alianza con el Fondo Acción.

FONDO ACCIÓN
Natalia Arango Vélez - Directora Ejecutiva
Juan Carlos Parada Jaiquel – Director Administrativo y Financiero
Elizabeth Valenzuela Camacho – Directora Técnica
Juan Pablo Marín Echeverry – Director Jurídico
Heidy Angarita Suárez – Directora de Operaciones
Luisa Mendoza Rozo – Coordinadora de Comunicaciones
Salomé Sánchez Sotomayor – Analista de comunicaciones y diseño

CONSERVA AVES
Sebastián Orjuela Salazar – Coordinador
Paola Barreto Herrera – Asistente Técnica

INSTITUTO CARO Y CUERVO
Daniella Sánchez Russo – Directora General
Juan Álvarez, Coordinador Creativo – Docente investigador de la Maestría en Escritura Creativa

DISEÑO
El Bando Creativo

Todos los derechos reservados a National Audubon Society, American Bird Conservancy, BirdLife International, Fondo Acción y Asociación Calidris. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable, o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso escrito previo de quienes ejercen los derechos de autor.

